

# Enemigos de clase. La larga sombra de la huelga de los mineros británicos\*

Rubén Vega

Universidad de Oviedo

La huelga de los mineros británicos de 1984-85 constituye un acontecimiento central en el proceso de implantación del neoliberalismo y la materialización de su requisito principal: la derrota del movimiento obrero. Durante un año, el sindicato minero (National Union of Mineworkers) y el gobierno de Margaret Thatcher sostuvieron una confrontación a cara de perro y hasta el límite de las fuerzas. La derrota de los huelguistas quebró la espina dorsal de la resistencia contra las recetas antisociales de la *Dama de Hierro* y dejó vía libre a un programa mucho más amplio que el del cierre de minas de carbón. De aquellos polvos han venido los lodos del deterioro social entre las clases populares y el incremento de la desigualdad de forma exponencial. Owen Jones<sup>[1]</sup> nos ha descrito a los *chavs*, los jóvenes sin formación, sin trabajo, sin perspectivas y sin autoestima que engrosan la generación de los hijos de aquellos obreros reconvertidos a quienes no se ha ofrecido oportunidad alguna. Un paisaje de devastación social provocado de forma nada inocente en los que otrora fueron bastiones de organización e identidad de clase.

\* Reseña del libro de Seumas Milne, *El enemigo interior. La guerra secreta contra los mineros*, Alianza Editorial, Madrid, 2018, 473 págs.

1.- Owen Jones, *Chavs, la demonización de la clase obrera*, Capitan Swing, Madrid, 2012.



Por situar aquella huelga en un marco más amplio, al año siguiente los mineros bolivianos libran y pierden una batalla que guarda sorprendentes parecidos porque, tal como muestra Álvaro García Linera<sup>[2]</sup>, se convierte también en una puerta abierta a

2.- Alvaro García Linera, *La condición obrera en Bolivia*, Plural, La Paz, 2014.

políticas neoliberales y pone fin a la vigorosa presencia en la política boliviana del sindicalismo minero, que había sido determinante al menos desde la revolución de 1952. Y pocos años después, en 1992, los mineros asturianos se enfrentaron a otro cambio de ciclo que marcaba el principio del fin del carbón, con bastante mejores coberturas sociales pero sin un ápice de épica, pactando cierres y prejubilaciones en un modelo de reconversión minera muy alejado del thatcheriano y también con una gestión sindical que poco tenía que ver con la del NUM liderado por Scargill.

De todas las batallas libradas por el movimiento sindical contra las políticas neoliberales, ninguna ha tenido más alcance, más repercusión ni más consecuencias que la de los mineros británicos. La victoria de unos y la derrota de otros adquiere significados no sólo inmediatos sino también en el largo plazo y sus dimensiones trascienden con mucho el marco nacional y el momento concreto. A su vez, de todas las luchas obreras llevadas a cabo en el ciclo declinante que se inicia en los años 70, pocas han logrado revestirse de una aureola épica comparable. Hasta 140.000 mineros en huelga a lo largo de un año entero, concitando una enorme solidaridad nacional e internacional y enfrentados a una guerra sin cuartel de todos los aparatos del Estado y los poderes económicos y mediáticos, sin reparar en métodos ni mostrar escrúpulos. Dos muertos, infinidad de heridos y detenidos, suspensión de facto de libertades civiles, multas, embargos, desahucios y un durísimo invierno de privaciones al límite de la extenuación. Una fractura insalvable con los esquirolas en el seno de las propias comunidades y toda la presión mediática imaginable estigmatizando y criminalizando la determinación de resistir. La historia ha sido y sigue siendo profusamente narrada en el cine de ficción (*Billy Elliot*, *Brassed*

*off*, *Pride...*) y documental (*Still the enemy within*, por citar un trabajo reciente), en literatura (*GB84*, por destacar también una obra), en libros de memorias y testimonios, en exposiciones y catálogos fotográficos y, por supuesto, en una historiografía extensa que no ha dejado de ocuparse de aquel episodio y sus rastros posteriores.

El libro de Seumas Milne, recientemente traducido al castellano, vio la luz originalmente en 1994 y ha tenido cuatro ediciones en inglés. De forma reveladora, su aparición coincidió con el décimo aniversario de la huelga y, tras una primera reimpresión al año siguiente, ha asistido puntualmente a nuevas ediciones en el vigésimo y trigésimo aniversarios. La memoria de aquella huelga sigue viva. Milne no aborda una investigación histórica ni un relato de las circunstancias del conflicto. De hecho, la huelga en sí apenas es narrada en el libro más que en la medida en que algunas pinceladas son precisas para entender el meollo de su exposición: la guerra sucia desplegada contra el sindicato minero y muy particularmente contra su líder Arthur Scargill. Se trata en realidad de un trabajo de investigación periodística que, a su vez, pone de manifiesto la venalidad y maleabilidad de la prensa en lo que fue, en distintos momentos, una auténtica cacería mediática basada en mentiras, difamaciones y tergiversaciones. Pero la prensa ofrece tan sólo la cara visible de un entramado que abarca no sólo a los enemigos naturales del sindicalismo de clase (los servicios secretos, el Gobierno, el Partido Conservador y ciertos magnates) sino también a quienes supuestamente deberían ser aliados: la dirección del Laborismo y una parte del propio movimiento sindical, por no citar al aparato en descomposición del viejo PCUS.

Tras las huelgas victoriosas de los mineros en 1972 y 1974, la animadversión de los tories rayaba el ánimo de venganza.

Derrotar de forma concluyente y definitiva al sindicato minero constituía un objetivo político primordial y formaba parte de una revancha clasista. En el fragor del enfrentamiento, mientras se recurría a los métodos más turbios y era aplicada una represión implacable, excesos verbales llegan a asimilar a los mineros con los militares argentinos o con el mismísimo Hitler. El título del libro proviene a una expresión de la primera ministra, que calificó a los mineros en huelga como el enemigo interior, una peligrosa amenaza para la democracia que ella estaba determinada a combatir.

Como Milne subraya (p. 392), «fue necesario desacreditar la huelga en sí misma, difamar a sus líderes, presentarla como obra de una camarilla de extremistas violentos, no representativos y antidemocráticos». Y, pese a todo, «amplios sectores de la población siguieron considerando a los huelguistas y a sus líderes como personas de principios que se habían atrevido a resistirse mientras que otros se ponían de rodillas». En realidad, el NUM no fue derrotado por completo en aquella huelga interminable y siguió constituyendo un desafío tanto para los gobiernos conservadores como para el nuevo laborismo que estaba gestando la «tercera vía», la vía al desclasamiento que Blair encarnó con tal perfección que Margaret Thatcher pudo considerarlo heredero de sus políticas. De ahí que, en 1990, se recrudeciera una campaña feroz contra el

núcleo dirigente del sindicato que acariaba la idea de enviar a Scargill a la cárcel y hacerlo pasar por un villano dictatorial y corrupto. Al menos en este punto, el ataque fracasó. Pero mantuvo inmovilizado al sindicato, atascado en la defensa jurídica de sus dirigentes mientras se estaba gestando una segunda oleada de cierres de pozos previa a la privatización.

El libro de Milne, con ágil estilo de periodista, se convierte por momentos en un relato de intriga. Prolijo hasta lo extenuante a veces, en especial para lectores no británicos y por tanto poco familiarizados con los personajes y el contexto de la Gran Bretaña de la época, desmenuza la trama y tira de todos sus cabos: el MI5 y los servicios secretos, el Daily Mirror y su dueño Robert Maxwell, Thatcher y su gobierno, pero también Neil Kinnock y la dirección del Partido Laborista o una parte del TUC y la rama moderada del sindicalismo, además de las conexiones libia y soviética, incluyendo el papel de un emergente Gorbachov y su renuencia a prestar ayuda a los mineros tras la entrevista que sostiene con Margaret Thatcher a fines de 1984. De especial interés resulta el capítulo referido a los servicios secretos, como revelador es el hecho de que la persona que asumió la guerra sucia contra la huelga, Stella Rimington, se convirtiera años después en máxima responsable de la seguridad interior al ser nombrada directora general del MI5.